

Santa María de los Desamparados

JOSÉ CARRIÓN

Catedrático de Biología Evolutiva de la UMU

Desde la UMU y La Arrixaca ha desarrollado una trayectoria internacional con un foco concreto: la salud mental de la infancia y la adolescencia



Imagínense la infancia. Vuelvan, por un instante, a un rincón remoto de su memoria. Más atrás de las palabras, cuando el mundo era necesidad y sensación. Imaginen el frío, el hambre, el llanto. Nadie acude. A veces sí, pero no siempre; a veces un abrazo, una voz suave, a veces un grito. Me refiero al quebranto más primordial, al que no se recuerda pero queda inscrito en el cuerpo; se reorganiza dentro y, desde dentro, configura el carácter, la forma de amar, de temer, de estar en el mundo.

El mundo, ya sabemos, es violento. Pero hay una violencia calamitosamente prematura. Formas de vivir que son pura —e inconsciente— supervivencia. Comprender el impacto de la violencia intrafamiliar como meteoro biográfico exige adentrarse en lo que ocurre en el cerebro y en el cuerpo de los menores. El trauma deja una huella biológica persistente. Una especie de 'alarma' cerebral que se activa ante estímulos mínimos y mantiene al organismo en un estado continuo de alerta. Esto implica una sobreproducción de hormonas del estrés, dificultades para distinguir entre peligro real e imaginado y una tendencia a reaccionar como si la amenaza siguiera presente, incluso años después. No es que el niño 'no supere' lo ocurrido; es que su cuerpo no ha aprendido aún que el peligro ha pasado. La vida discurre, entonces, como una novela con capítulos extraviados.

Muchos de estos niños sufrirán después las disfunciones y perversiones de un sistema social diseñado para mirar a otro lado y de un sistema judicial diseñado para cualquier cosa menos para lo que se llama 'el interés superior del menor', principio rector del derecho de familia. Si hay un compartimento social marginado en este mundo, ese es el de la infancia. Los informes están encima de

la mesa, pero aun así, los derechos de la infancia se contravienen sin alarma y a diario en todas las sociedades.

Pero en el teatro del terror existencial, la realidad puede superar a la ficción cuando hablamos de ángeles. Personas esenciales en las que inteligencia y altruismo se combinan mágicamente. Personas cuya religión es la bondad, con una capacidad extraordinaria para dejar hablar al sufrimiento. Permítanme que les presente a Concepción López Soler, Concha, Santa María de los Desamparados en mi agenda telefónica, y no por casualidad.

Concha es catedrática de universidad, especialista en Personalidad, Evaluación y Tratamiento Psicológico, y una de las figuras más relevantes de la psicología clínica en España. Desde la Universidad de Murcia y el Hospital Virgen de la Arrixaca ha desarrollado una trayectoria internacional combinando investigación, docencia y clínica al más alto nivel, con un foco concreto: la salud mental de la infancia y la adolescencia. Su trabajo ha contribuido de manera decisiva al conocimiento de los trastornos del comportamiento, las consecuencias del maltrato intrafamiliar y la exposición a la violencia de género. Ideóloga y presidente de la Asociación Quiero Crecer, también ha participado en la Comisión Nacional de Psicología Clínica del Ministerio de Sanidad. Sus publicaciones —desde manuales de psicopatología hasta estu-

Su trabajo con la realidad virtual la sitúa como una pionera en la incorporación de las TIC al tratamiento psicológico

incumplidos programas nos aconsejan el voto útil, bajo el consabido argumento del mal menor, recuerdo un cuentecillo de inquietante final. Había un hombre que fue secuestrado por unos facinerosos que lo abandonaron en una isla y cada cuatro años le visitaban obligándole a elegir entre dos opciones, una peor que otra.

Como nuestro hombre, pese a todo, conservaba cierta sensatez, tras serenas reflexiones siempre optaba por la menos dañina, aplicando el principio del mal menor. Así, cuando la primera vez le ofrecieron sacarle los dos ojos o sacarle solo uno, nuestro hombre eligió esta opción, quedando tuerto a partir de entonces. Transcurridos cuatro años, nuevamente se presentaron en la isla los visitantes, obligándole esta vez a elegir entre sacarle el ojo que le quedaba y además arrancarle la lengua, o solo sacarle el ojo; ante lo que nuestro prudente hom-

bre volvió a elegir, lógicamente, la segunda opción. Después de sucesivas visitas de sus 'benevolentes' proponentes, nuestro hombre acabó en la isla como era previsible: sin ojos, sin lengua, sin orejas, sin nariz, sin brazos y sin piernas. En sus interminables reflexiones se preguntaba por qué extraña razón, pese a que sus elecciones siempre fueron guiadas por el sabio principio del mal menor, había acabado hecho una croqueta humana y rebozándose sin rumbo por las tristes arenas de aquella isla.

MIGUEL ÁNGEL LOMA PÉREZ

40 años de Chernóbil

¿Recuerdan? Se ha cumplido recientemente el 40 aniversario de la catástrofe de la central nuclear de Chernóbil, en territorio ucraniano enclavado entonces en la Unión Soviética. Toda una generación de perso-

nas, marcada por el desastre nuclear, sigue enfrentada no solo al recuerdo del desastre, sino a las terroríficas consecuencias físicas, psicológicas y económicas que siguen marcando la vida de miles de familias en Ucrania y en Rusia. Chernóbil fue un desastre nuclear y humano. Ahora, en el 40 aniversario de la catástrofe, muchos de los supervivientes suman a los daños duraderos de Chernóbil las consecuencias de una guerra que no solo ha convertido a la central en objeto de ataques, aumentando enormemente los riesgos nucleares, el hecho de estar perdiendo a sus nietos en los combates con Rusia. La historia de Ucrania está aquilatada en el sufrimiento. Chernóbil no ha acabado.

JESÚS DOMINGO MARTÍNEZ

Los originales que se envíen a esta sección no deberán sobrepasar 25 líneas. Estarán firmados y se hará constar el número del DNI junto con el domicilio y el número de teléfono de sus autores

cartasdirector@laverdad.es

El impuesto de las ausencias

Cerrando la puerta, puse fin a una vida entera y al eco de mis padres, que seguían habitando en las esquinas mucho después de haberse marchado

PUNTOS SUSPENSIVOS
ANA RODRÍGUEZ DE VIGURI



Ayer firmé la venta de la casa de mis padres. Escribirlo así parece un trámite más, pero no lo es. Con ese gesto frío, no sólo vendí un inmueble, solté el último asidero físico de nuestra historia común.

El domingo, mi hermana y yo recorrimos en silencio la casa vacía por última vez. Cada habitación era un estrato geológico de nuestra infancia; allí aprendimos a andar, inventamos mundos imposibles y convertimos el cuarto de jugar en refugio. Crecimos del todo, hasta hacernos adultas. Cada esquina guarda una versión de nosotras que ya no existe. No pensábamos en metros cuadrados ni en coeficientes de amortización. Hablábamos de aquel sofá donde mi padre escondía los regalos y de los libros que mi madre nos regalaba cuando teníamos fiebre. Y así, cerrando la puerta, puse fin a una vida entera y al eco de mis padres, que seguían habitando en las esquinas mucho después de haberse marchado.

Ahora toca rendir cuentas por la operación. Hacienda lo llama 'incremento patrimonial'. Qué palabra tan extraña para definir una amputación. Un concepto frío, que sugiere ganancia, progreso, avance. Pero ¿y el patrimonio emocional? ¿Dónde se declara la ausencia, el recuerdo de las voces que ya no están, el peso de una llave que deja de tener puerta?

Para la administración, mi hermana y yo somos más ricas porque el saldo bancario ha crecido. Me aplicarán un porcentaje sobre la diferencia del valor, una cifra aséptica que ignora el gravamen emocional que supone desmantelar tu hogar de toda la vida.

Y es que el fisco no entiende de nostalgias. Me preguntan por las cuentas, cuando lo que yo siento es una pérdida en el alma que no admite desgravación alguna. Liquidaremos la plusvalía de unos muros que ya no nos pertenecen, mientras gestionamos esa otra deuda que nadie puede cancelar: la de la orfandad definitiva. Tampoco entiende de despedidas. No contempla que hay ventas que son duelos, ni que algunas decisiones no responden a una lógica económica, sino a una inevitabilidad vital: los padres mueren, las casas quedan grandes y los recuerdos no se pueden mantener.

Habrà que pagar el peaje que el mundo de los vivos exige por la muerte. Pero se equivoca en el concepto: no hay enriquecimiento en el adiós. Sobre el papel, he ganado dinero; en la vida real, he perdido mi lugar en el mundo. Y no hay casilla fiscal para eso.